








Mudando sueños

Crónicas de jóvenes extranjeros que arribaron al país para estudiar en la universidad

Macarena Sucunza

INDICE

- Prólogo.....	Pág 5
 - La futura Odontóloga.....	Pág 9
 - "El extranejero ese"	Pág 15
 - Partir en busca de mejores oportunidades.....	Pág 21
 - ¿Vale la pena?.....	Pág 27
 - Marina, desclasada y feminista.....	Pág 35
 - Más allá de Chiapas.....	Pág 45
 - "Mamá, me voy"	Pág 55

Prólogo

A fines de 2016 la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados de la nación pidió a los rectores de las Universidades públicas del país que informen la cantidad de estudiantes extranjeros/as que cursan en sus casas de altos estudios. En aquella oportunidad los legisladores de la alianza Cambiemos hicieron suyos los planteos que buscan impulsar un cambio de enfoque que mantiene al arancelamiento de la Universidad como horizonte implícito.

Recordemos que durante ese año distintos enunciadores mediáticos pusieron en escena su rechazo a la perspectiva de los derechos humanos en la conceptualización de la educación superior, para destacar desde una lógica burdamente economicista los gastos que conlleva sostener su funcionamiento. En este sentido, es importante recordar los artículos publicados en el diario La Nación respecto de la “utilidad” de los títulos superiores en el mercado laboral, la tasa de graduación de las Universidades públicas y el aumento de la matrícula de las casas de estudios privadas. Complementando esta misma línea argumental, y como antecedente inmediato del pedido impulsado por el legislador Eduardo Amadeo, en el programa televisivo de Jorge Lanata se habían realizado cuestionamientos al aumento de la presencia de personas de otros países en la UBA y los costos que ello implica.

Así, una vez más, los/as extranjeros/as de sectores medios y populares aparecían como objeto de sospecha en la medida en que participan de la distribución de bienes y servicios escasos, limitando el acceso a los mismos de la población nativa. Como es usual en los discursos contrarios a la migración, también en estos artículos y programas se los representaba como estrategias transnacionales que, ante la falta de restricciones, se valen de las instituciones locales en el marco de proyectos de vida distantes de los intereses nacionales. Así, estos/as usuarios/as ilegítimos/as de lo público no sólo contarían con beneficios que no merecen, sino que además se burlarían de la hospitalidad argentina. La principal falencia del Estado es, en esta concepción, que no restringe y regula el acceso a lo común, que no limita lo colectivo por medio de la exclusión de ciertos/as indeseables: policar lo público para preservar la nación, en-

tonces, parece ser el lema que defienden quienes sostienen posiciones privatizadoras.

En este contexto una estudiante de la Licenciatura en Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, descendiente de alemanes y españoles que arribaron hace un siglo a la Argentina, tuvo una idea: dialogar con estudiantes extranjeros/as que se forman en su universidad para exponer sus historias. Ese gesto de indudable lucidez periodística y política, que reconoce que hay una voz que no se está escuchando y unas vivencias que nos dicen más sobre este asunto que las cifras y los discursos altisonantes, es el puntapié de este Trabajo Integrador Final.

En lo que sigue los/as lectores/as verán que el repaso por las trayectorias de Ana, Ariel, Cristian, Gabriela, Marina, Patricio y Simón, estudiantes de distintas procedencias, pone sobre relieve algunos aspectos fundamentales del modelo universitario argentino. A través de una narración precisa, podemos acercarnos a las experiencias de jóvenes que, por diversos motivos, decidieron partir de sus países de origen para desarrollar sus estudios aquí. En sus relatos, entonces, vemos emerger implícitamente los argumentos que desmontan las operaciones periodísticas que buscan generar una transformación conservadora de la política educativa.

Sintéticamente quisiera destacar que, en primer lugar, los relatos aquí presentados visibilizan nuevamente la importancia del ingreso irrestricto a la educación superior. Frente a las numerosas dificultades que estos/as jóvenes sufren en sus naciones de origen, la apertura de la universidad argentina les brinda un marco de posibilidades que habilita distintos proyectos de vida. Es decir, ingresar en una institución de educativa de calidad participa del contexto de oportunidades en el que ellos/as elaboran y resuelven sus vidas.

En este sentido, llama la atención la sorpresa con la que reaccionan al conocer las características del modelo que encuentran en nuestro país. Los testimonios dejan ver que la universidad aparecía en su imaginario como un espacio remoto, distante por las restricciones económicas y académicas. Aquí esa distancia se reduce, ya que en ciudades como La Plata las casas de altos estudios se inscriben en la cotidianidad y se presentan como una opción accesible.

Al mismo tiempo, estos relatos también evidencian que el modo en el que se constituye lo universitario resulta relevante por muchos aspectos

que trascienden lo educativo. En algunos de los casos que aquí se repasan el inicio de los estudios estuvo atravesado por la participación en otras actividades que enriquecen y complejizan la experiencia pedagógica. Los antecedentes de colaboración en ONG's y la propia formación católica de una joven mexicana llamada Marina, por ejemplo, encuentra un nuevo modo de desarrollarse a partir de insertarse en un proyecto promovido por la Facultad de Humanidades en el barrio del Dique. Por su parte, la militancia estudiantil de un muchacho salvadoreño llamado Ariel, le permitió encontrar un espacio de socialización clave para su adaptación. Su elección como presidente del Centro de estudiantes de la Facultad, por su parte, constituye un antecedente muy interesante del ideal de desanclar la ciudadanía de la nacionalidad que promueve el régimen de Derechos Humanos y ubica a la universidad, nuevamente, en un lugar de vanguardia en la sociedad.

Entonces, frente a los cuestionamientos a la amplitud de lo público que realizan quienes conciben la nación como una patria chica y temerosa que no trasciende las fronteras de sus prejuicios y temores infantiles –las fronteras sociales, culturales y raciales que levantan los muros de las urbanizaciones cerradas donde se sienten en su hogar– trabajos como los de Macarena permiten reconocer que la Argentina se constituye en un faro de formación en el mundo con una fuerte presencia en la región. También indican que algunos de los elementos fundamentales de nuestro modelo de educación superior, como el ingreso irrestricto, el co-gobierno y la práctica de la extensión, constituyen una diferencia sustantiva en la experiencia formativa de las personas y debieran ser tenidas en cuenta en los debates sobre la calidad educativa. Y, finalmente, estas crónicas aportan elementos a la defensa de un modelo de país que reivindica la diversidad como una de sus riquezas y plantea a la educación como la principal vía de ascenso social. Por todo lo anterior, no queda más que celebrar su aparición y desear una amplia circulación.

Licenciado Federico Rodrigo

La futura odontóloga

*"Te convido a creerme cuando digo futuro.
Si no crees mi palabra, cree el brillo de un gesto"*

Silvio Rodríguez

"Me llamo Ana Isabel Pineda Jarufe, soy de Honduras, tengo 20 años y vine a Argentina hace tres años. Soy de San Pedro Sula, que es una ciudad parecida a La Plata, pero hay montañas y no hay tantas plazas y edificios. El clima es caliente todo el año, y la humedad siempre se sufre, como acá. De niña fui a una escuela bilingüe, tuve una buena infancia y jugaba tenis y voleibol.

Me iba bien en la escuela, era una estudiante promedio", cuenta la estudiante de la Facultad de Odontología de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), donde recorre los pasillos con ambo verde.

Entusiasmada, dice que el próximo año dejará de trabajar con mandíbulas de práctica para experimentar con dientes reales en el hospital universitario de la institución que a diario recibe a niños, jóvenes y adultos de toda la ciudad que son atendidos de manera gratuita.

Calza crocs blancas, viste jean y buzo color rosa viejo. Su pelo largo y negro está prolijamente peinado con una tirante cola de caballo. Es muy amable. Habla en tono bajo, casi imperceptible, pero claro. Es seria, pero en confianza comienza a mostrar más su sonrisa blanca y perfecta. Se sienta luego de sacar varias cosas que había sobre la mesa, y dice: "Me decidí mi último año de secundaria a estudiar odontología, antes de recibirme. La escuela a la que iba es episcopal que conseguía que llegaran brigadas médi-



cas a Honduras para que ayuden en las zonas más vulnerables. Una vez fui con ellos cuando realizaban sus tareas para ayudar a traducir y me tocó estar en la parte de odontología y ahí me empezó a gustar. Las brigadas vienen de los Estados Unidos; algunos son médicos, otros voluntarios, otros veterinarios, otros odontólogos y se distribuyen por diferentes zonas. Los voluntarios ayudan con el orden o cosas así.

En ese momento me empezó a interesar, pero cuando me puse a pensar qué quería estudiar lo pensé seriamente y ahí me decidí. Siempre quise estudiar en el extranjero y mi hermano se vino a la Argentina, por eso me vine yo también. En mi país hay universidad públicas y privadas, pero en las estatales igual pagás, aunque menos. Lo que sucede es que la pública ha estado perdiendo mucho tiempo de clases porque hacen paros trimestres completos y es diferente a acá, las facultades están en un mismo lugar, es un solo lugar. La educación es buena pero han estado tratando, los propios alumnos cerrando la universidad, de conseguir mejoras y por exigir eso han estado perdiendo tiempo. El año pasado en casi todo el año se impartió clases”.

Ana y su hermano son dos de tantos jóvenes que se han venido a vivir a la Argentina para poder hacer una carrera

de grado. No le costó mudarse, ni le costó a su familia que ella venga a estudiar acá, porque no iba a estar sola. Además, su papá estudió en el extranjero también, en Brasil, entonces él la inspiró a irse a profesionalizarse afuera, porque les contaba sus historias de cuando estudiaba. Tuvo suerte, su familia la apoyó, siempre, su papá, su mamá y sus hermanos, con quienes se reencuentra en las vacaciones de verano, al partir en diciembre.



“Llegué a la Argentina en enero del 2015, a fin de mes, alrededor del 25. El primer tiempo en La Plata fue difícil” asegura y sonríe. En un principio estaba tranquila porque su mamá la acompañó, pero después empezó a extrañar a la familia, los amigos. Asegura que le costó mucho adaptarse, pero se le hizo más fácil porque su hermano ya estudiaba en La Plata, viviendo con ella, sus amigos la acompañaban y entonces no se sentía sola. Ana reflexiona y admite que le costó adaptarse a las demás personas, porque la cultura argentina es muy diferente a la de Honduras, pero que con el tiempo logró hacerlo.

“Para mí lo más difícil es que los argentinos son...”, dice y se queda en silencio, pensando, pero al final se anima y sentencia “más pesados, como más directos, entonces al principio uno siente que no te conoce y bromean con vos entonces al principio pensaba: ¿cómo no me conocen y bromean conmigo, o es en serio?”. Ana recuerda que eso fue lo más raro en su primer tiempo en la Facultad, que los argentinos son más “confanzudos”. Además, recuerda que el primer cuatrimestre se le hizo más difícil que los que siguieron, pero la ayudó que con la mayoría de los profesores podía hablar y sacarse las dudas que le iban surgiendo.

El tender se vuela en el balcón, cae y obliga al compañero de departamento de Ana a detener la lectura e ir a incorporarlo. Para mantenerse acá, estudiando en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), recibe el sustento económico de sus papás. Cree que la vida en Argentina es más cara que en su país, sobre todo por los aumentos con el paso de los años, pero hasta ahora no ha tenido problemas para solventarse.

“Además de estudiar voy los sábados a CONIN, soy voluntaria, y tengo tiempo de salir con mis amigos”, resalta. En la asociación sin fines de lucro llamada CONIN ⁽¹⁾, que contempla una amplia gama de actividades sociales siendo su principal objetivo la prevención de la desnutrición infantil, Ana muestra su costado solidario formando parte del voluntariado, donde específicamente comparte el tiempo con los niños que están en el programa, los cuida mientras las mamás están en los talleres, tratando de estimularlos de la mejor manera.

Al fin sale el sol que ilumina el moderno departamento de calle 48 donde Ana alquila junto a su hermano y un amigo. “Me han discriminado, pero muy poco. Como que te dicen que es más normal, pero a mí me ha pasado muy poco. Hay gente que me ha escuchado hablar, que saben que estudio



en el nacional, y dicen 'hay, que generosa es la Argentina' o cosas así. Y me pasó más en el primer año que ahora. Obviamente te hacen sentir mal, porque no estás en tu país, pero si ellos tuvieran la oportunidad de irse a otro país, dónde la educación es mejor, también lo harían", Creo que todos tendrían que tener la oportunidad de estudiar, porque en mi país se paga poco en las públicas, pero hay personas que ni pueden pagar eso y les gustaría poder estudiar en la universidad, tener un título para superarse", dice Ana.

En Honduras, donde actualmente los estudiantes son reprimidos y judicializados por luchar por una educación pública, laica y de calidad, hasta en la universidad estatal se paga mensualmente una cuota, y además se pagan fotocopias, transporte, alquiler, entre otros gastos. Además, hace poco los estudiantes estaban peleando porque hay algunas carreras que tienen laboratorio y les iban a cobrar por su uso, entre otros tantos intentos de privatización.

"Vine a estudiar acá para superarme como persona y tratar de ser la mejor profesional que pueda. La educación en La Plata es mucho mejor que

1- La Cooperadora para la Nutrición Infantil (CONIN) es una organización argentina sin fines de lucro dedicada a la prevención y recuperación de niños desnutridos de 0 a 5 años. Además, asisten a sus familias.

la de Honduras, y estando acá se que tengo la oportunidad para, no ser mejor que quienes estudian allá, pero sí tener otro tipo de conocimientos. No tengo pensado qué haré al recibirme, ¡porque lo veo tan lejos!, pero me está yendo con todo bien”, dice y ríe.

Aún le faltan tres años para terminar odontología, no sabe si al hacerlo volverá a su país pero sabe que lo primero que hará al terminar es especializarse. Y entonces, entusiasmada, cuenta: “Hay varias especialidades: ortodoncia, implantología, odontopediatría y muchas más. A mí me interesa mucho odontopediatría. El primer año de estudio decía que me iba a volver sí o sí a Honduras, el segundo ya pienso en quedarme. Me hice muchos amigos aunque la mayoría no son de acá así que después se van a ir, seguramente”.

“Venirme acá me ha posibilitado conocer diferentes culturas, personas, ver las diferencias que hay en mi país y en la Argentina, me hizo ver cómo es la gente dependiendo de dónde son. Y lo que más me marcó es que con lo que se hace en la universidad, en la Facultad, se ayuda un montón a la gente más necesitada”, sonríe complacida Ana.

"El extranjero ese"

*"Si la visa universal se extiende
El día en que nacemos
Y caduca en la muerte"*

Ricardo Arjona

"Mi nombre es Néstor Ariel Pérez Chaves y soy de El Salvador. Estudio química en la Facultad de exactas, por suerte ya terminé cuarto año y voy a entrar a quinto. Tengo 22 años", dice nervioso. "Llevo la carrera al día, por suerte, pero en parte es el gobierno de El Salvador que me otorgó una beca para estudiar en el extranjero; decidí venirme a Argentina, y parte de los requisitos de la beca es llevar la carrera al día, sí o sí. Tengo cinco materias por cuatrimestre y no puedo decir hago tres, no, tengo que hacer las cinco. Tengo un poquito de presión".



Así se presenta y sonríe. Cuando comienza a hablar su acento es lo primero que llama la atención, no es parecido al cordobés, ni al correntino, ni al jujeño. Por ser diciembre, la Facultad de Ciencias Exactas está prácticamente vacía, pero una de las personas que pasa ve a Ariel y se acerca para saludarlo. La chica, joven, le cuenta que le está yendo muy bien con gran entusiasmo, se despiden y se va.

Se presenta tímido y viste sencillo, relajado, de bermudas, porque ese día no cursa. Es originario de la ciudad de Zacatecoluca, ubicada en el departamento La Paz, una urbe que tiene casi 73 mil habitantes. Es muy diferente a La Plata, en cuanto a clima, allí no tienen estaciones, sólo existe la temporada seca o la temporada lluviosa, son seis meses en que

llueve y seis meses de sol, siempre con 24° o 25°.

Ariel tiene dos hermanos más, él es el hijo del medio y tiene un hermano mayor y una hermana menor que viven en la misma casa junto a su papá y su mamá.

"En El Salvador había un programa que se llamaba 'Jóvenes Talentos', que se encargaba de enseñar ciencias a los chicos. Ingresé al programa y te daban clases todos los sábados del año por la mañana matemática y en la tarde se repartían entre química, física y biología. Entré al curso en el 2006 y me dieron química por primera vez, entré a un mundo nuevo que me encantó tanto que me deslumbró, y pasaron diez años (al 2016) y ahora sigo con esta carrera", dice.

Cuando le otorgaron la beca, la mamá no quería que se vaya a estudiar afuera, pero le decía: "Si te vas afuera, andate a estudiar a los Estados Unidos". Ariel tenía la particularidad de que no sabía otro idioma, entonces buscó las universidades de habla hispana que fueran prestigiosas en química, que era lo que a él le interesaba. Sus opciones eran Argentina o España, y eligió la Argentina.

Llegó a la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) porque, al iniciar el papaleo en la embajada de argentina, en El Salvador le dieron una planilla en donde le preguntaron qué universidades quería, dándole la posibilidad de elegir tres opciones. Él puso: Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Córdoba y Universidad de Buenos Aires, iría a la primera casa de estudios que le contestara su solicitud. La primera que respondió fue La Plata.



"La noticia de que me había otorgado la beca me la dieron, me acuerdo muy bien, un viernes a las once de la noche. 'Mira, te otorgamos la beca' dijeron, y yo estaba re feliz porque lo esperaba. Cuando le dije a mi mamá al principio estaba

feliz, pero a los días siguientes estaba preocupada, no quería que me fuera, porque iba a estar sólo. Entonces surgieron sentimientos encontrados por parte de mi familia, porque nunca me habían dejado sólo, no es que te vas un fin de semana y volvés, si no que te vas a hacer tu vida a otro país”, cuenta.

En El Salvador la universidad no es gratuita, se arancela. Ariel se esforzó y consiguió la beca que hoy es su sustento económico al 100%. Año tras año tiene que hacer un montón de papeleo que se convierte en un presupuesto muy riguroso para solventar todos sus gastos, porque la idea de la beca es que los becados no tengan que trabajar porque eso les quita tiempo para estudiar.

“Me costó mucho adaptarme al país directamente, es una cultura muy muy distinta. El Salvador de por sí es una sociedad mucho más reservada, entonces hay temas tabú; hablar de sexo, por ejemplo, es tabú, hay mucha diferencia con la Argentina en cuanto a la sociedad. Las palabras también cambian mucho y por mi acento al inicio de año no me entendían y yo no entendía al resto, en las clases pasaba la mitad del tiempo tratando de entender lo que decía el profesor”, recuerda.

Las comidas también fueron un cambio importante cuando arribó al país. A Ariel le asombró que para los argentinos el desayuno consistiera en mates y galletitas, porque en su país se acostumbra desayunar algo más continental: huevo frito, poroto, queso, lechuga, entre otros.

“Otra cosa fueron las estaciones, jamás en mi vida había vivido un cambio de estación y cuando me dijeron “hace frío” yo dije “bueno bueno, me llevo un sweater delgadito”. Vine y en el invierno sufrí mucho”, dice seriamente, “más aún por el hecho de que en mi primer año lo pasé en una pensión que tenía la particularidad de que no funcionaban las estufas. Fue mi primer invierno, y lo pasé sin abrigo y sin calefacción”

Cuenta que para el curso de ingreso, que debió iniciar el segundo día de clase, se sentó en la primera mesa que vio, y que desde entonces era el chico que estaba allá, al final de las mesadas, que no hablaba mucho y que si lo hacía todos se le quedaban viendo porque no entendían muy bien qué decía. Ariel conoció por entonces a quienes aún hoy son sus amigos, que lo ayudaron y guiaron en los primeros meses en La Plata.

A fines de 2013, empezó a militar en la agrupación SUMA, con los únicos chicos que estaban cuando él pisó por primera vez la Facultad y

no conocía a nadie, con quienes lo ayudaron a conseguir pensión y de los que pronto se hizo amigo. Por esos motivos se empezó a meter en la política estudiantil, porque en su momento lo ayudaron y quiso retribuir algo de lo recibido. Hoy es presidente del Centro de Estudiantes.

"En 2015, la primera vez que me postulé, perdimos por 50 votos, dijeron que había sido un reconocimiento a que venía trabajando y porque media Facultad me conocía, seguro decían "ah sí el extranjero éste" , dice irónico, se ríe y agrega "después de perder todos dijeron 'bueno para mí que hay que darle una segunda oportunidad', además porque el próximo año en teoría es mi último año y me tendría que regresar, entonces dijeron 'para que se redima'. Y ganamos, por suerte ganamos".

Parece un chico relajado, pero según afirma le cuesta mantener el equilibrio entre militancia y estudio, pero sostiene que solo hay que organizarse. Aun así, sale con sus amigos.

Haciendo un repaso de su tránsito por la universidad, Ariel afirma que una de las cosas que más le sirvió fue militar con SUMA; fue lo que le abrió muchas puertas y le hizo entender muchas cosas. De hecho, actualmente, también es consejero por parte del departamento de Química. Militar lo ayudó a ser más sociable en todos los aspectos de su vida.

"Si tuviera que volver a elegir no cambiaría nada, me vendría de nuevo a la Argentina. Conocí gente muy linda y me trataron muy bien, me tuvieron mucha paciencia, así que no los cambiaría por nada", asegura. La conversación se interrumpe con la llegada de una chica que saluda afectuosamente a Ariel, pregunta si se puede quedar a escuchar y ofrece cebar mates. El presidente es un joven muy popular.

"La verdad me da mucha tristeza que se den comentarios contra las personas que vienen de afuera a la Argentina, porque no contribuyen. Nosotros, como sociedad latinoamericana, deberíamos estar más unidos, deberíamos estar hablando de Patria Grande y no podés hablar de eso si estás excluyendo a los estudiantes extranjeros. Además que eso le da prestigio a las universidades argentinas, porque se nota que hay buena educación para que vengan los estudiantes de afuera", reflexiona.

Ariel se pone nervioso cuando piensa en qué va a hacer cuando tenga el título y esté recibido, porque no sabe si tiene que volver a su país, si puede seguir estudiando acá, o si se puede ir a otro lugar.

"Tengo muchas ideas cruzadas en la cabeza, pero creo que cuando

me den el título lo primero que voy a hacer es bañarme ¡porque me van a tirar de todo! Eso es algo que aprendí acá también, porque en El Salvador no ocurre, allá la gente se recibe de saquito pero nada de que te tiren mugre...”, ríe.

El “latinito”, como le dicen algunos compañeros de Facultad, quiere terminar la carrera y volver su país para reencontrarse con los profesores que conoció en Jóvenes Talentos para trabajar combatiendo la contaminación en ríos y mares, que con algunos químicos se pueden tratar.

“Allá por ejemplo la universidad es pública”, cuenta Ariel sobre El Salvador, “pero tenemos que arancelar, y hay personas que aún no llegan. Tomo como ejemplo a la Argentina porque la universidad es gratuita y con gran nivel. La responsabilidad de que no sea así en todos lados es de los gobiernos”.

De pronto, aparece el presidente del centro de estudiantes, el mismo chico sonriente pero con la voz más firme. “Que ahora estén pidiendo informes de cuántos estudiantes extranjeros son o a quién le ponen la plata, la verdad, llama mucho la atención. Yo creo que en Argentina corremos riesgo no sólo de que paguen los estudiantes extranjeros, si no también que se paguen los que tienen la oportunidad, se corre el riesgo de que la universidad deje de ser pública y gratuita.

Ariel sabe de esfuerzo, de trabajo duro, de militancia, de pasar largos días en soledad y lejos de la familia, de sacrificio. Y todo eso, ¿Para qué?...

“Primero para obtener formación académica, y segundo para poder retribuir a la sociedad, porque la universidad es pública por lo que la sociedad está pagando de impuestos. Es un intercambio mutuo para ver qué se puede hacer en conjunto. Mi sueño es llegar a diciembre o marzo con la carrera terminada, y después es un limbo, la verdad”, dice.

Los ojos le brillan cuando se despide desde la puerta del antiguo edificio de la Facultad de Ciencias Exactas, que está tan lejano de su Salvador natal, camuflado en el verde bosque platense.

Partir en busca de mejores oportunidades

"Buscando visa para un sueño (oh!)

Buscando visa para un sueño"

Juan Luis Guerra

Cristian Alexander Cubias Rivas tiene 25 años, llegó a la Argentina desde El Salvador hace tres años y medio. Estudia la Licenciatura en Turismo en la Facultad de Ciencias Económicas. Usa bermudas y musculosa en invierno. Es algo tímido pero fácilmente se suelta, aunque parece pensar cada una de las palabras que salen de su boca, y cuenta que en su país vive con su mamá y con su hermano. Sus padres se separaron hace mucho. Es oriundo de la ciudad capital de San Salvador, donde el clima en general es bastante tropical y nunca hace frío. Describe a su tierra natal como un lugar con muchas montañas que se ven desde todo el territorio, porque es un Estado pequeño, con muchos lagos y ríos.



En el departamento que alquilan junto a amigos en calle 51, entre 8 y 9, pleno microcentro platense, recuerda su infancia y la define como "normal".

"Crecí en un barrio bastante pobre y mi familia fue avanzando hasta que a los 13 años nos movimos al lugar dónde vivimos actualmente, que es una mejor zona", dice. Entonces, explica que la situación de El Salvador es "bastante complicada", y que de chico se relacionaba con otros niños que hoy "hacen cosas malas". Cuando habla de que la vida en su país es "complicada" explica que es por la delincuencia, el desempleo,

la pobreza, la violencia y el crimen organizado, factores que obligan a la migración forzada de cientos de personas año a año.

Antes de venir a La Plata estudiaba marketing en su país, pero en 2013 vino a conocer, porque tenía un amigo que estudiaba, y él le insistía en que venga a estudiar a la UNLP, que era mejor la educación.

“Cuando me regresé a El Salvador desde mi visita a aquí me fui con esa inquietud y a las semanas de volver pregunté cómo tenía que hacer para venir a estudiar a acá. Siempre, de chico, quise estudiar en el extranjero, y esa vez se me presentaba la oportunidad, iba a tener una mejor educación, ya conocía un poco y me gustaba. Además la educación era gratuita y el estilo de vida es mejor, es más tranquilo. Todo eso me hizo venir a estudiar a la Argentina”, cuenta Cristian.

Cuando le expresó su deseo a su mamá “al principio le cayó de sorpresa”, y ésta le dijo “vos estás loco, no sabes lo que querés”. Pero dice que después la terminó de convencer, porque siempre tuvo las cosas claras. “Le dije: mirá, estudio allá y vos gastás esto, esto y esto, y te olvidás de pagar el estudio porque la universidad es pública, ¿Qué vas a tener que pagar? La comida y el alquiler”, recuerda.

Mueve las manos acompañando sus palabras y asegura que cuando comenzaron a hacer cuentas con su mamá se dieron cuenta que al final hasta le sobraba plata, es decir, que era menos costoso para ella que Cristian se viniese a vivir y a estudiar a La Plata. Su madre también pensó que era una mejor vida para él, que iba a estar más tranquilo, entonces al final le dijo que sí.

“No quería dejar pasar la oportunidad de venir a estudiar acá. Cuando hablo de estar más tranquilo me refiero a la delincuencia, en mi país no se puede ni caminar mucho ni andar en



micro, te puede pasar cualquier cosa. En cambio, acá puedo caminar tranquilo, allá a las 18 hs es peligroso. Mi idea al principio era estudiar una carrera y regresar, entonces si estudiaba para contador público, como pensaba, me di cuenta de que no podría ejercer allá, porque hay leyes específicas de cada país, por lo que me aprendería las de acá y tendría que aprenderme las de allá después. Pero me gusta Turismo, me terminó gustado”, cuenta, sonriente.

Tiene barba, que prolijamente está delineada en el contorno de su rostro, de líneas cuadradas.

Un amigo, y compañero de departamento, sale de una puerta que parece ser de una de las habitaciones y saluda. Busca algunas cosas y regresa por donde vino.

En El Salvador no hay universidades gratuitas, todas son privadas. En la Universidad Nacional también se paga, se abona una cuota especial. “En todas las escuelas se paga, siempre se abona una cuota porque no hay apoyo del Gobierno para mantener los edificios, por ejemplo. En la universidad pública de El Salvador te cobran así: si pagabas \$600 en el secundario, pagas \$300 la educación superior. Pero hay que pagar desde la primaria hasta la universidad, ese fue un punto por los que pensé en venirme a estudiar”, asegura.

“Realmente acá la educación es mejor, en la Argentina, y no sólo porque lo digo yo, hay artículos que dicen que la UNLP es una de las mejores en Latinoamérica y tiene prestigio internacional. Acá es mucho más exigente que en mi país. Cuando llegué no me costó tanto insertarme, pero pensé: inicio como nuevo como el resto de mis compañeros, eso me dejaba más tranquilo. El primer amigo que me hice fue un chico de Varela, que ahora no cursa más, con quien después nos juntamos con un grupo grande y así me fui haciendo de más amigos”, recuerda y sonríe resaltando sus dientes blancos en contraste con su piel morena.

Cargando una mochila, el compañero de departamento de Cristian esta vez se va, sin decir chau.

“Con los profesores se me complicó un poco porque, si bien todos hablamos español, no estaba acostumbrado a la forma de hablar. O hablaban muy rápido o tenía que estar 100% concentrado en lo que decían, sino, no entendía. Creo que la vida me fue preparando para venir acá, por ejemplo en 2011 me fui a vivir a Estados Unidos donde tengo una

tía, y eso me generó una experiencia previa, sé que vine a un país en donde tienen costumbres a las que me tengo que adaptar”, asegura.

Cristian asegura que desde que vino lo pasó “de lo mejor, y hasta el día de hoy lo estoy haciendo. He conocido personas muy lindas que me han hecho sentir siempre como si estuviera en mi casa y siempre trato de hacer cosas que hacía allá acá para sentir que estoy un poco allá”.

En la actualidad, su mamá lo ayuda un poco no más, económicamente, pero hace dos años y medio que está trabajando, por lo que no le tiene que pedir tanto. Dice que a la hora de trabajar hace “de todo” y ríe, ha trabajado en un quiosco, en un gimnasio como profesor de musculación, en un boliche de ritmos latinos cobrando la entrada, en un predio de fútbol 11, como barman y tiene una oferta para empezar a trabajar en una panadería. Alcanzó el equilibrio, logrando que el trabajo no influya en el estudio, pero se niega a buscar un empleo acorde con la carrera hasta recibirse, porque eso le va a quitar tiempo que hoy dedica a la carrera.

“Mudarme a La Plata me hizo más independiente, acá vos te cocinas, lavas tu ropa, haces de tu vida lo que vos quieras y como vos quieras. Si tenés una buena base vas a ir por el camino correcto, y si no, te vas a perder. Además de estudiar y trabajar voy al gimnasio todos los días, me junto con mis amigos, siempre trato de hacer un espacio para cada grupo de amigos”, dice.

Para él, decidirse a ir a la universidad es una muy buena base para ser alguien y tener una mejor vida, no vas a tener las mismas oportunidades sino estudias. Cristian afirma que estar en la Facultad es una forma de intercambio cultural y le llena no sólo educativamente, sino que también aprende de las demás personas. “Tomo mate desde el primer día que llegué, me lo cebó un chico de Mendoza”, recuerda divertido. Al principio su idea era recibirse y buscar un trabajo, pero ahora planea terminar y estudiar otra carrera, algo que en El Salvador no se considera porque es mucho dinero el que se invierte en conseguir un título.

“Me da risa que digan que venimos a robar el lugar a los argentinos. Un día con un taxista me pasó que íbamos charlando y me preguntó de dónde era, porque me escuchó la tonada -seguramente creyó que era de alguna provincia del interior porque un poco se me ha cambiado- y cuando le dije que era de otro país vi por el espejo retrovisor que le cam-

bió todo el semblante y me dijo 'ah, ustedes son los que se vienen a robar todas las cosas acá'. Me quedé callado, no sabía si era en broma o no. Me preguntó '¿estás trabajando?' y le dije que sí, y me dijo 'robas estudio, robas trabajo y seguramente robas mujeres, venís a robar todo'. No le dije nada porque pensé que quizá es una persona frustrada y por eso se queja del extranjero que viene a buscar una mejor oportunidad", cuenta.

"Si el gobierno cobrara a los extranjeros creo que estaría bien, porque hay muchos que piensan 'voy, estudio y me regreso' y ¿por qué? No, primero hay que pensar que Argentina nos está dando educación de primera calidad y segundo que no pagás nada, es decir, regrésale algo de lo que te da", opina Cristian, que reconoce que es una idea que otros extranjeros en su misma condición pueden rechazar. "Creo que en Argentina se le da la oportunidad a la gente de acá y a los extranjeros de tener una mejor calidad de vida", sostiene.

Aún no sabe qué hará cuando tenga el título, pero cada vez tiene más ganas de quedarse, aunque no sabe dónde. Pensando en su carrera cree que el sur es el lugar que más oportunidades le ofrece, pero el problema es que se encariñó "demasiado" con La Plata. Cristian dice que a su país volverá sólo de visita, no quiere volver a vivir allá, porque vivir es cada vez más peligroso y cada vez que regresa le da temor caminar en la calle. "Mi próximo sueño... no lo sé" se queda pensando y responde "pero si tengo objetivos: terminar la Facultad, buscar un trabajo, ofrecer una mejor oportunidad de vida a mi familia, porque ellos también tienen la idea de venirse para acá a vivir, estudiar otra carrera, vivir de una buena forma".

¿Vale la pena?

*“No me llares extranjero, si del amor de una madre
Tuvimos la misma luz, en el canto y en el beso
Con que nos sueñan iguales, las madres contra su pecho”*

Facundo Cabral

Usa anteojos cuadrados de carey, es de Bolivia pero vive en La Plata, donde se mudó para cursar el profesorado y la licenciatura en Artes Plásticas. Tiene 30 años, que no aparenta. Es oriunda de Santa Cruz de la Sierra, donde mataron al Che. Ahora, en una pensión antigua en la que hay que subir escaleras para encontrarte con las habitaciones de paredes naranjas, reflexiona sobre su vida signada por los distintos caminos que ha trazado su paso por múltiples instituciones educativas, mayormente privadas que públicas.



“Santa Cruz es una ciudad muy cálida y creció muy rápido, tiene casi dos millones de personas. Se convirtió en eso de un rato al otro, porque cuando yo era chica no era así. Es una ciudad muy agitada, en transición, que era un pueblo hace 20 años. Como colinda con Brasil es una ciudad muy húmeda, hace mucho calor, hay muchas plantas y muchos animales”, cuenta Gabriela Toro, poniendo especial énfasis en el calor. Su voz, aunque suave, es clara y se deja oír en medio de las voces de los demás residentes de la pensión. “Tengo una mamá, una abuela y tres hermanos”, enumera. Además de estudiar, trabaja, es traductora del inglés al español, empleo que aunque no es contante es beneficioso porque, como la empresa que la contrata está en Rusia, le pagan en dólares. Recordando, describe a su infancia como “divertida” porque “teníamos una casa con un patio en común con

seis amigos de mi mamá, que juntos habían comprado todo un terreno. Todos tenían hijos que jugábamos y entrábamos a la casa de cualquiera porque nadie cerraba la puerta. Era como una familia expandida". Sube las piernas sobre el sillón, se relaja.

Se cambió varias veces de escuela porque su mamá era profesora y por ello tenía la posibilidad de que becaran a sus cuatro hijos, porque en Bolivia es difícil encontrar cupos para entrar a un colegio o universidad pública, y como jefa de hogar no podía abonar las cuotas de una institución privada para Gabriela y sus hermanos. Cursó en siete colegios, esforzándose por ser siempre una buena alumna, porque asegura que si no se tiene un buen promedio en su país no se puede entrar en la universidad.

"La educación pública gratuita en Bolivia es muy selectiva, muy reducida, es difícil entrar", afirma. Lleva puestas unas simpáticas pantuflas violetas con círculos de colores. En toda su vida fue becada de una forma u otra por el buen promedio, que ella define como "una forma de supervivencia". Era becada por las mismas instituciones privadas, que buscan mantener su reputación teniendo esos gestos con las familias menos pudientes. De este modo, se fue a Canadá a terminar el secundario, y por primera vez comenzó a estudiar arte como se debe, "porque viste que hablan de arte y dicen hagamos un portarretrato con fideítos para el día de la madre", dice y ríe. Eso fue en sus dos últimos años de colegio, en una institución donde tenían taller con un importante financiamiento y una destacada calidad de profesores, allí entró en contacto por primera vez con la cerámica y con la escultura. "Me gustó

mucho, me apasionaba la escultura, estaba todo el día en el taller de arte, nunca había encontrado algo que me encantara tanto", cuenta.

La educación parece tener gran relevancia en la vida Gabriela, lo que se reflejó siempre en su esfuerzo para tener buenas notas y no perder las subvenciones de las instituciones priva-



das. Un perro labrador de pelo largo se acerca mansamente a saludar, y después vuelve junto a un grupo de residentes de la pensión que conversan animadamente en el pasillo descubierto que une las habitaciones. Cuenta que terminó el colegio y decidió estudiar psicología, por no animarse a meterse en una carrera de arte, “que ni siquiera había en Santa Cruz”. Fue entonces cuando se fue a estudiar a los Estados Unidos tras el ofrecimiento de una beca, “pero la forma en la que se maneja la universidad allá es muy diferente” y en los primeros meses de estudio sabía que quería volver a Bolivia, por eso en el segundo año se dedicó a tomar sólo las materias optativas que le interesaban, todas de arte. “No encajaba en Estados Unidos, no me gustaba”, dice convencida, tras vivir una experiencia muy diferente a la de Canadá.

En los Estados Unidos vivía en un campus del que, por la forma en la que estaba organizada la sociedad, no tenía posibilidad de salir del predio si no tenía auto. “Yo no me pensaba conseguir uno, pero necesitaba más contacto con el mundo real”, explica. Tomada la decisión de volverse a su país, se le presentaron dos complicaciones: su título de bachiller era canadiense, por lo que lo más lógico para estudiar en la universidad boliviana era volver a hacer el último año de secundario; además, abandonaría una beca que le pagaba todo por cuatro años, y perdía el prestigio de recibirse en una universidad norteamericana. Ya en su país, tras convalidar su título secundario, comenzó a estudiar relaciones internacionales en una universidad privada. Quizá por temor al desempleo, que castiga a 18,3% de jóvenes en América Latina (2), aún no “admitía” que quería seguir una carrera de arte.

Cajas de televisores huecos ofician de estantes para exponer varios libros y juegos de mesa en el espacio en común para los residentes de la pensión. Gabriela eligió estudiar en una universidad privada porque “es mucho más fácil y es mucho mejor, además creo que relaciones internacionales no estaba en la universidad pública”, además, estaba becada. Según cuenta, en las casas de estudios estatales se requiere, para ingresar, estar entre los diez mejores alumnos del curso; si no formas parte de ese grupo, tenes que dar un examen múltiple choice -cuestionado por su forma de estar formulado a principio de año.

En busca de su futuro, tiempo después descubrió que un grupo de artistas

2 - OIT. 31 de mayo del 2017. Organización Internacional del Trabajo. Disponible en: http://ilo.org/americas/sala-de-prensa/WCMS_555891/lang-es/index.htm

locales había abierto una escuela de arte, a la que se inscribió y por la cual estuvo muy entusiasmada. Hasta que llegó al desilusión: “empezamos 15 personas y terminamos seis, porque entramos con la promesa de que se iba a extender a la licenciatura pero finalmente sólo era tecnicatura superior, además el tarado del director de nuestra carrera tenía financiamiento de Portugal, que nos mandaba becas, pero nunca nos enteramos porque los cursos para irse a Portugal nos los robaba él. Se enteró la organización que nos daba las becas y nos cortó el financiamiento. El tercer año nos quedamos hasta sin profesores y ahí nosotros nos encargamos de conseguirlos para lograr terminar”. Esta experiencia fue, en sus palabras, “tortuosa”.

Con el título de técnica superior, que en arte asegura que no sirve de mucho, decidió “conseguir un título de grado de lo que sea, y me metí en la universidad pública”. “Di cinco exámenes para entrar en la carrera de arte, eliminatorios. Olvidémonos de la igualdad. No les importa, no le ponen esfuerzo a que haya más lugar para los estudiantes. Porque por ejemplo: se postulan 3 mil personas para la universidad y entran 30, es ridículo. Eso es porque no les conviene tener un pueblo educado”, dice con convicción.

Entonces da el ejemplo de su familia: su abuela no terminó la educación primaria, su abuelo ni siquiera asistió al primario, y de sus seis hijos de la pareja sólo dos terminaron el secundario, uno se metió a policía y la mamá de Gabriela se ingresó a la universidad. “Por eso mi mamá siempre insistió en que estudiáramos”, reflexiona.

“Me fui rajando de la universidad pública porque fue terrible”, cuenta, mientras se escuchan las voces de otros residentes de la pensión que conversan al aire libre en la soleada mañana de fin de verano.

Gabriela señala que todas las clases las daban arquitectos, hasta el jefe de carrera era un arquitecto, y eso se reflejaba en todo el contenido, porque según dice la gracia del arte es que no tiene estructura, “y los arquitectos son estructura pura”. Además, impartían clases algunos artistas “elegidos a dedo” por ser los más tradicionales de Bolivia. Las ventanas abiertas de una mañana templada hacen pasar al interior de la pensión una mezcla particular: el canto de los pájaros y las estruendosas bocinas de los autos y colectivos. Otra cosa que no le gustó de su experiencia en la universidad pública boliviana fue que en las exposiciones todos los alumnos hacían lo mismo, lo que hacía el profesor, representaciones de la Santa Cruz del pasado, “quedando en la nostalgia que ni siquiera es la propia porque son chicos jóvenes”. Fue por lo mencio-

nado que se dio cuenta que algo estaba fallando en esa Facultad.

“Además, por otro lado es una Universidad Autónoma. El Estado le da los recursos y quiere saber en que los gasta, pero la universidad no quiere se meta, y siempre están en pugna. En el tiempo en que cursé se estaban peleando por eso y venían los del centro de estudiantes, que no son tan democráticamente elegidos como acá, y nos decían “vamos a hacer una marcha en contra del Gobierno, es voluntaria pero se tomará asistencia” y que quienes no asistan no van a poder rendir final”, señala irónica.

Recordando con desagrado, Gabriela cuenta otra experiencia dentro de la Facultad en su país. “Ibas a pedir un formulario para inscribirte y había un cartel atrás que decía “no se cobra por el formulario, no apoye la corrupción, si le cobran denúncielo” y vos ibas y te decían “son \$2” y cuando les señalaban que no se pagaba decían que no te lo iban a dar”, cuenta Gabriela y se ríe.

Y como si todas las malas experiencias fueras pocas, destaca que “está la gente estúpida que da todos los exámenes para ingresar y están los amigos que pagan y entran automáticamente”.

No desistió. Al dejar la Facultad en Bolivia Gabriela comenzó a averiguar sobre casas de estudio en otros países y estaba entre México, Brasil y Argentina. Tenía una amiga de Canadá que estudiaba en La Plata y vino a visitarla, conoció la ciudad y le encantó. Pensó en estudiar diseño multimedia, pero después reflexionó: “no, voy a estar con mi computadora y voy a estar pensando en estudiar arte”.

“Cuando llegué había conseguido una casa en internet que en ese entonces estaba \$350 y era una habitación compartida, en 46 y 3. Era muy barata, incluso para hace cinco años. Trabajo de traductora del inglés al español, que no es constante, pero me pagan en dólares porque la empresa para la que trabajo está en Rusia y en esos tiempos era genial porque con lo que apenas sobrevivía en Bolivia acá me daba para vivir y pagar un alquiler tranquila”, recuerda y agrega que “jera un desastre!, supuestamente compartía mi habitación con una sola persona pero no teníamos habitaciones, cada cual dormía donde su corazón dictara que cayera. Las dos chicas encargadas de la casa ni trabajaban ni estudiaban y cantaban Violeta Parra toda la noche, y no eran solo ellas sino ellas y todo su séquito de vagos que dormían por toda la sala”.

En dos semanas encontró la pensión donde aún reside. Al mudarse, con

la gente tenía expectativas de llevarse muy mal, "porque Argentina tiene muy mala fama en Bolivia por ser muy exclusiva, muy excluyente, pero llegas acá y es otra cosa, me cayó re bien la gente y la sociedad funciona de maneras que ojalá en Bolivia funcionara, pero creo que eso es también por La Plata, que es un lugar muy particular". Dentro de las cosas que destaca de vivir en el país, más precisamente en la capital bonaerense, es que hay mucha conciencia social, talleres gratuitos, cursos gratuitos, páginas de intercambio del tipo "alguien tiene, yo tengo" en que te regalan cosas porque sí.

Tras terminar el profesorado, actualmente va poco a Bellas Artes, pero una vez por semana se presenta sin falta para dar clases de escultura a los estudiantes de primer año como ayudante alumna. Además, los sábados va a hacer seminarios de posgrado. "Mi relación con mis compañeros siempre ha sido muy buena, me he encontrado con gente muy acogedora", señala.

Cursó la mayor parte de la carrera de noche, porque cree que la población de la noche es gente adulta, que trabaja y que quiere estar ahí porque lo desea. Los grupos a los que está integrada son cada vez más pequeños, porque cuando empezó la carrera con muchas personas pero terminaron siendo cuatro, que pasaron cinco años juntos y tienen un gran vínculo.

"Con los profesores siempre me he llevado bien y les he tenido mucho respeto porque mi mamá es profesora, entonces siempre he pensado en ello de una forma más humana, sabiendo que hay una persona detrás de esa figura de autoridad. Me llevo muy bien con algunos de ellos, con los que incluso aún vamos a ver muestras y me han ofrecido lugares para exponer, hay una relación más allá de lo académico", cuenta mientras se acomoda el pelo.

Un compañero de pensión pide permiso y pasa a su aparente cuarto, busca algo con la puerta abierta y vuelve a salir. Gabriela cuenta que en la Argentina nunca se sintió discriminada, con la excepción de un par de veces, "pero gente pelotuda hay en todos lados", resalta. ¿Qué destaca de su experiencia como estudiante extranjera en el país? "Aprecio mucho la apertura de la universidad pública y gratuita, eso se defiende y eso lo tienen claro todos". Sin embargo, asevera que "no deja de ser algo elitista" la educación superior en el país. La crítica viene a partir de una experiencia que tuvo en el profesorado, en una escuela pública nocturna a la que "iban chicos sin rumbo", que no saben qué hacer de sus vidas, y ni sabían que existían la Facultad; mi profesora de las prácticas nos decía: tienen que in-

centivarlos a que se inscriban en la universidad, y yo me preguntaba ¿en serio? El chabón se va a frustrar, yo tengo un trabajo que me permite estudiar pero un albañil no puede estar trabajando 10 horas al día y después ir a leer Foucault, o sobre el arte barroco, porque no es importante para la realidad de esa gente”.

Cuestionando la educación superior, que sin embargo es la que elige y a la que ya le dedicó más de cinco años de su vida, Gabriela piensa que se construye una suerte de mito de la universidad. “No sé si vale la pena ir a la universidad... de hecho a mi hermana yo le decía que no se gaste en obtener un título universitario. Cuando estaba en Canadá, que eran todos muy competitivos académicamente, me sentí distanciada de eso porque ¿qué haces después con eso?”, reflexiona y agrega “como que invertís mucha energía en algo tan abstracto, y al final no disfrutás nada, porque la gente no disfruta el estar matoneándose para entrar en la universidad o estar matándose todo el día para sacarte una buena nota y ganarse una beca para hacer el doctorado”.

Nuevamente, pidiendo permiso, el chico de la habitación entra a su cuarto y vuelve a salir, ¿qué hace? “Tiene que ver mucho que ver con el miedo el tener una carrera, a ser desempleado. Ahora, a punto de tener mi título, no sé qué carajos voy a hacer”, continúa y se queda en silencio. “Seguiré con el doctorado y estoy haciendo seminarios y viendo dónde carajos me inserto para tener un trabajo que no sea traducciones, para ver si doy clases en algún lugar. He estado dando clases particulares de historia del arte, pero me gustaría meterme en algún museo, hacer curaduría”, agrega después.

Gabriela asegura que por el momento se quedará en la Argentina, pero siempre está el compromiso de volver a Bolivia. “Hay muchas cosas por cambiar y siento esa responsabilidad de hacer algo. Porque mi ciudad en particular es una ciudad muy en transición y en eso hay una confusión de la que se puede sacar provecho, porque se está autodefiniendo y uno puede participar de eso. Al menos para plantear una forma diferente de pensar”, dice decidida, mirando con los ojos bien abiertos a través de sus anteojos de carey.

Marina, desclasada y feminista

“Podrás imaginarte desde afuera, Ser un mexicano cruzando la frontera Pensando en tu familia mientras que pasas Dejando todo lo que conoces atrás”

Molotov

Marina Bringas Guerrero tiene 23 años, es mexicana y estudiante de sociología en la Universidad Nacional de La Plata. Es originaria de Guaymas, una ciudad costera en el estado de Sonora, que una vez fue un puerto muy importante. A los 13 años se fue a vivir al inmenso Distrito Federal (DF), actual ciudad de México, y a los 19 migró a la Argentina. “Mi familia se compone por mi mamá y mi hermano, mi papá falleció cuando era chica y después están



mis abuelos maternos y con ellos es más un vínculo de padres que de abuelos. También están mis primos y tíos por parte de mi mamá”.

Según cuenta, su infancia tuvo dos partes. Por un lado fue muy linda, al lado del mar, siempre con mucho contacto con la naturaleza, perros, playa todos los fines de semana; su mamá estudió ingeniería bioquímica en recursos acuáticos, entonces siempre que tenía trabajos de investigación salía en familia en la lancha a hacer cosas, como contar pájaros en las islas. Pero por otro lado, cuando falleció su padre la situación familiar se complicó y su madre, que por entonces tenía 28 años, se puso en pareja con un cubano músico y fue una relación de mucha violencia doméstica, dirigida particularmente a la pequeña Marina. Por eso, a los 13 años se fue a vivir con sus abuelos.

“En Guaymas fui a un colegio muy bueno, interactivo, con una escuela pedagógica con una granja y animales al aire libre. Tomé clases de todo: de pintura, de costura, de piano, de francés, de karate, de básquet, de natación, todas; pero nunca me dejaron en una así que por ese lado medio que flaqueo. Iba de una cosa a otra y cuando no quería ir más no iba. Cuando me fui al DF con mis abuelos para mí era la emoción total, era empezar otra vida, la oportunidad de comenzar de nuevo porque nadie te conocía y de hacerlo en un lugar desconocido. Lo que tiene sus contras también ¿no? Porque normalmente mis compañeros habían estado todos en un mismo colegio, un mismo barrio y yo venía del norte, tenía un acento extraño y era medio punk, medio rara”, cuenta y ríe, mientras se sirve té con maca peruana y dice que en el colegio siempre le fue bien.

Vivir en la casa de sus abuelos fue un cambio para su vida, le dio mucha estabilidad económica, la cual no tenía con su mamá. “Siempre estuvimos en escuela privada pero había veces que por ello no pagaba el gas o la luz, porque era muy mala administrando las cuentas”, explica Marina con pesar. Ella y su hermano siempre fueron a escuelas privadas, lo que cree que se debe a depositar la esperanza en la educación como medio de movilidad social por excelencia.

“Desde chica siempre supe que iba a ir a la universidad, de hecho fantaseaba mucho con irme a la universidad al extranjero, supongo que por ver películas, y por las ganas de irme de casa lo más lejos posible también”, piensa y revuelve el té haciendo sonar la taza con la cuchara. “Mi mamá siempre me dijo que la única herencia que nos iba a dejar era la educación, y mi abuela decía lo mismo”, cuenta.

En esa búsqueda de excelencia y de futuro próspero, Marina fue a un colegio muy bueno, el más caro del pueblo. Era una escuela americana, toda la educación era en inglés, tenía todas las materias en ese idioma y sólo dos horas de español al día durante toda la primaria. “Soy bilingüe, hablo dos idiomas fluidamente, pero tengo una pésima ortografía en español”, asegura a la vez que sonrío avergonzada, y al moverse los muchos rulos de su pelo se bambolean con ella.

Aún brillan algunos rayos de sol del cálido y apacible domingo platense, y por la puerta balcón que tiene una hoja abierta, se filtran y entremezclan ladridos de los perros y canciones de salsa que vienen del club barrial de la cuadra de enfrente.

“Hice dos años de secundario en DF, ya había hecho el primero en Sonora, y después me cambiaron a un colegio de monjas en el que me dieron beca porque mis tíos habían sido todos ex alumnos de ahí, mi mamá también. Era particularmente cheto. Mi familia pensaba que entre más cheto y más caro era el colegio mejor iba a ser la educación. Fui a esa escuela tres años y la odié profundamente, porque la gente era de un ingreso económico exorbitante, llegaban con guaruras, escoltados. Nosotros estábamos bien económicamente pero no teníamos un yate y nos íbamos de vacaciones a Grecia”, dice Marina y explica que las guaruras son lo que los argentinos llamamos guardaespaldas, y se sirve té.

Rescata que en el colegio de monjas tenía una muy buena educación, muy humanista, enfocada en lo cultural. Rescata las clases de historia universal, de literatura latinoamericana y universal, de etimología, ética, filosofía, todo a bastante profundidad. “En el último año empecé a ser más popular porque tenía una individualidad más desarrollada, y como gané un concurso de poesía me hice re popular”, cuenta un poco irónica y ríe. En esa época tuvo muchos amigos y salió de fiesta.

“Siempre estaba entre estudiar sociología, aunque nadie entendía de qué se trataba, ni siquiera yo, historia o ciencias políticas”, asegura y se levanta a cerrar la puerta balcón, cansada de la incandescente música de salsa.

Su voz es clara y en su vocablo ya incorporó palabras muy argentinas como “boluda”. Es muy relajada y de modos sencillos, y eso se nota en su manera de sentarse, de vestirse, de tratar al otro. El té con maca, la raíz que se consume hace más de tres mil años, parece gustarle mucho porque se para y va a calentar el agua para tomar más. Viste pantalones tipo babucha, negros, y una remera suelta que le deja un hombro al descubierto; completa su look con aros de cobre o algún material por el estilo, que parecen trabajados artesanalmente. Tiene el pelo corto cubierto de rulos que parecen resortes y una sonrisa muy amplia que muestra dientes blancos y perfectos. Cuenta que al terminar el secundario tenía que elegir primero que nada la universidad, porque según dice entrar a la pública viniendo de privada es muy difícil porque hay que prepararse mucho para el examen de ingreso y aún cuando lo das bien nada te garantiza que quedes en la carrera que elegiste.

“Son muy difíciles las pruebas, están hechas como para que no las pases directamente. La educación pública en mi país viene siendo desfi-

nanciada desde los años 90 y uno se da cuenta de que es un negocio, como todos los servicios básicos en México. No me fue bien en ese examen pero tenía muy buen promedio así que tenía beca prácticamente para cualquier universidad privada a la que yo quisiera entrar. Terminé eligiendo una que es el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM), que es una universidad de excelencia, supuestamente”, relata.

Según Marina, actualmente, toda la clase política de su país sale del ITAM. “Entré a estudiar ciencias políticas, porque no había historia, ni sociología y mi familia no creía mucho en estas carreras”, dice y se hace silencio como quien se queda pensando. Pagaba alrededor de 400 dólares al mes con el 60% de beca. Y a eso tenía que sumarle el gasto en fotocopias, en transporte, en libros.

Pero antes de ingresar a la ITAM se fue de viaje a Perú a trabajar con una ONG para enseñar inglés. Ella describe esa travesía como “el mejor tiempo de mi vida”, tenía 18 años. También recorrió Bolivia y conoció mucha gente. “Conocí que había una cosa que se llamaba hermandad latinoamericana, conocí otro mundo, como esto de pasar de un país a otro caminando: recuerdo estar en la frontera llorando porque me acordaba de las veces que cruce a Estados Unidos y si bien yo tenía VISA te



maltratan un montón, hay muchos controles, son muy violentos. Por eso en ese viaje aprendí que migrar es un derecho universal y me enteré que la educación en la Argentina era gratuita”, explica Marina, “y te cuento cómo fue: un amigo argentino me enseñó su dni y en la primera hoja decía algo como bienvenido todo aquel que quiera venir a tierra argentina. Él me explicó cómo se constituyó argentina, las migraciones, y que la educación era gratuita incluso para extranjeros”.

Al volver a México empezó en la ITAM y se dio “cuenta de que era muy administrativa” y no le gustaba, recuerda que era profundamente infeliz. Entonces un día, faltando a clase, fue a la embajada argentina y allí le dijeron que necesitaba el pasaporte y los documentos del secundario y que sólo con eso se podía inscribir a la universidad que quisiera y en la carrera que eligiera. “De una, dije sociología, aunque no sé porqué, pero estaba segura que quería seguir desarrollando mi pensamiento crítico”, recuerda Marina.

“Elegí la UBA como primera opción y más cercana a la fecha, en noviembre, me llaman y me dicen que las inscripciones no se habían abierto para la UBA ese año, que para inscribirme tenía que viajar a la Argentina. Pero me dijeron que sí me podía anotar a la UNLP. A la semana me dijeron que estaba inscripta, que tenía que comprar mi boleto. Estaba decidida, nada me iba a impedir irme a la mierda, porque si bien nunca había trabajado en mi vida sabía que me las iba a arreglar”, dice.

Las emociones se notan a cada paso de su relato, la alegría, la amargura, en su voz, sus pausas y su risa. “Me puse a investigar costos de vida, busqué un lugar donde vivir, hice las cuentas y resultó que era mucho menos plata de la que me estaban dando para pagar la universidad allá, porque era en el año 2013”, cuenta, “primero le conté a mi mamá que venía, ella me dijo que me apoyaba, pero mi mamá siempre me apoya en todo porque tiene culpa por haber sido tan mala madre. Ella tenía plata en ese momento así que me compró el boleto. Mis abuelos me dijeron que estaba loca, cuestionaron cómo me iba a mantener, dijeron que entonces mi mamá se las iba a tener que arreglar sola conmigo”.

A Marina no le importaba lo que le dijeran. Viajó a la Argentina con mil dólares que “una tía vieja”, con la que no tiene contacto, le dio, así que todo se dispuso a su favor. “Como por arte de magia en realidad un poco, todo confluyó”, dice. Divertida, cuenta que arribó a La Plata con-

tactándose con la novia virtual de un amigo, que era de City Bell. “Nos corrieron a los dos de esa casa y nos prohibieron poner un pie en ella por una secuencia de mi amigo con ella. Igual yo ya había buscado un departamento entonces a los dos días ya estaba en ese departamento”, cuenta mientras ahoga la risa con un poco de té. Su primer tiempo en el país fue difícil, pero al mal tiempo le ganaba el entusiasmo. En esos tiempos, afirma, “era como un caballo que sólo veía para al frente” por lo que “me mandé bocha de cagadas y tuve formas de relacionarme re bizarras”. Pero esos días pasaron.

La universidad en su primer año fue muy difícil porque sus habilidades de estudio eran muy inferiores a las que tenían sus compañeros, asegura, comparada por ejemplo con los chicos que habían ingresado provenientes del Colegio Nacional. Sin embargo, las ganas de sacar adelante la carrera hicieron que le pusiera todas las energías para seguir. Entre las cosas que más le costaron estaban los textos, porque el nivel de comprensión que requerían era algo que nunca se le había exigido.

Por aquellos años comenzó a trabajar en el bufete de la Facultad de Humanidades y se fue a vivir a una pensión donde pagaba \$700 de alquiler. Vivía con poca plata, pero era feliz. Con el correr del tiempo en la universidad le iba cada vez mejor.

Cuando decidió dejar el bufete, por diferencias con el centro de estudiantes, comenzó a vender comida en la calle gracias a que otra amiga mexicana la incluyó en su negocio de tacos. Eso fue durante los últimos dos años.

Los últimos rayos de sol iluminan las mariposas de colores brillantes la puerta balcón, que casi parecen salir volando, y Marina cuenta que en estos años también fue moza varias veces, con algunas experiencias “piolas” y otras “horribles”, pero ella “estratégicamente” pensaba: “bueno voy a trabajar dos meses en este lugar de mierda pero guardo la plata que voy a tener y entonces vivo después cuatro meses sin laburar”. También dio clases de inglés un par de veces y trabajó en el fines. Acomodándose en la silla, la estudiante de sociología sostiene que es “muy difícil” conseguir trabajo cuando se es extranjero, algunos se aprovechan y pagan poco, casi siempre contratan en negro y “más si no tenes familia ni nadie que abogue por vos o dé el buen visto como una referencia. Por ejemplo jamás me han llamado para cuidar nenes, por más que le he

dicho a mis amigas que por favor le pasen mi número a sus conocidas”.

“Mi primer gran cambio en lo personal al venirme a la universidad a la Argentina fue la politización, me politicé completamente. Antes eso no lo tenía, venía de colegios católicos, de ser una niña muy cuidada, de colegios privados y siempre me las arreglé para estar en la calle, hacer y deshacer, pero estar acá me dio una mirada realmente crítica del mundo, porque en México te enfrentas siempre a una visión de la pobreza que es más desde el lado de la caridad, del pobre como algo que hay que lamentar y de la pobreza como algo no que haya que reclamar si no como algo natural”, cuenta Marina.

“La universidad me ayudó a reconocermme como parte de una clase y a desclasarme, despojarme de todos esos residuos de clase y la ideología que venía con eso y a construirme desde esta politización que no sólo va en términos de clase sino también en términos de género. Mi tránsito por Argentina significa feminismo, aprender lo que es ser mujer y desaprenderlo también”, asegura cuando reflexiona sobre el camino que lleva recorrido en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. También dice que está trabajando con una matriz de pensamiento que lleva a identificar que la opresión en el mundo se da por tres cuestiones constitutivas del ser humano que son: el género, la clase y la raza. Pero ¿todo ese capital científico, cultural e intelectual adquirido, para qué? “ahora después de cinco años de estudio, de tránsito por la universidad, de debate y por la militancia, puedo percibir de otro modo la sociedad en la que vivo, de la que formo parte y la que quiero transformar”.

“En términos individuales aprendí a trabajar, aprendí que se necesita humildad para el trabajo, a sacrificarme con disciplina para conseguir algo dejando algunas cosas de lado por el momento, como puede ser una relación afectiva, la joda o algo así”, asegura, se queda pensando.

Después de un silencio, y adquiriendo un tono más serio en su voz, afirma: “No sé que hubiera sido de mí si no hacía esto, me hubiera odiado o me hubiera cagado matando, creo. Como que todo esto estaba en mí y por suerte pude salir a buscarlo. Esto del exilio también me ha hecho pensar en por qué hay tantos estudiantes extranjeros acá en Argentina, en qué está pasando en nuestros países que debemos emigrar. Cuando lo analizas a fondo te das cuenta que en México no tenes oportunidades”.

Marina habla entonces de otros conocidos y amigos mexicanos que

conoció en La Plata, reflexionando sin buscarlo sobre la educación pública, que en su país excluye y expulsa: “todos han venido porque no han tenido posibilidades de estudiar en su país”, porque no tenían plata para pagar ni la universidad privada más barata y porque “la pobreza y la falta de oportunidades exilia. El no poder acceder a la educación en tu país, siendo ésta un derecho básico, te exilia. Migrar tiene sus costos, porque yo lo pinto como que fue lo mejor que me pasó en la vida pero no creo que todos se banquen lo que me he bancado, porque así como te cuento que la he pasado re bien hay veces en que no he tenido un mango para comer y he buscado tomates en una verdulería con una amiga y nos intoxicamos por hacer eso, o no poder tener calefacción en invierno porque sabíamos que no nos podíamos salir del presupuesto o estar muy enferma y tener que recurrir al sistema de salud público”.

Finalmente, se abre por completo y afirma que sufrió pero está terminando la carrera y eso la hace feliz. “Pero es un exilio y uno extraña, sufre, quiere volver y se pregunta qué carajo hago acá, me vine no conozco nada, no soy del país. Si las condiciones en nuestro país de origen fueran las ideales o se acercaran a eso, uno no migraría, irse en busca de educación es irse en busca de un sueño”.

“Recuerdo que me han dicho cosas como que venimos a rascar las cacerolas del comedor universitario, fue el papa de una chica de la universidad. En el sistema de salud público recientemente me trataron mal pero porque no tengo DNI, porque lo perdí y por ser extranjera me tarda nueve meses, a pesar de que ya tengo residencia argentina después de cuatro años, porque tuve siempre mis trámites al día a pesar de que son cada vez más caros”, cuenta, como un par de experiencias que le han dejado un sabor amargo en sus días en La Plata.

Marina reflexiona y dice que “igual esto de la discriminación ha sido más en los últimos dos años (2015 en adelante) que se ha exacerbado un discurso nacionalista medio fascista, en contra del extranjero, pero además sabemos que cuando las condiciones materiales se ponen difíciles la gente se agarra de lo que tiene”. Pero no sólo se esfuerza por estudiar, y de eso hablan los libros y fotocopias que ocupan el departamento, también milita en una colectiva feminista que se llama Fuego Rebelde, es particularmente la encargada del ciclo de cine y además trabaja para refaccionar la casa Nuestra América -que pertenece a la agrupación- y le pagan por ello.

Además, forma parte de un proyecto de extensión de la universidad y da un taller de identidad y arte en el Barrio El Dique, donde trabajan con adolescentes discutiendo sobre la vida y la realidad, tratando de darles herramientas para la vida y para reconocerse, en lo que para Marina es “un trabajo re gratificante”. También actúa, a veces.

Entusiasmada, dice que cuando obtenga el título “lo primero que voy a hacer es mamarme, empedarme, después de esa resaca no sé, digo que quiero hacer una maestría o un doctorado inmediatamente después porque si hay algo que me gusta hacer es estudiar y sería ideal que me pagaran por eso. Voy a tirar becas, becas, becas a todo el universo y donde me la den así sea en Indonesia voy a hacerlo”. Pero las expectativas, a poco de recibirse, son muchas y las opciones varías. “También me puedo volver a México o irme a Brasil, porque tengo un re amigo que tiene allí una ONG y quiere que trabaje con él. Pero mi primera meta es intentar en la academia, si no sale, por lo menos lo habré intentado. Pero también me gusta el trabajo de campo, pensar la realidad y alternativas para cambiarla”, dice.

¿Qué haría hoy Marina si tuviera que elegir entre venirse a la Argentina o volver a México, como hizo cinco años atrás?, después de un inmenso silencio, en el que no se escucharon bocinas, ni pájaros, ni música, se sorprende a sí misma diciendo que “probablemente elegiría volver a hacer el examen para entrar en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). ¿Por qué? Porque la clave de todo esto, de mi experiencia acá, es la educación pública, no estaríamos hablando de lo mismo si yo hubiera venido acá a estudiar en una universidad privada, yo no habría venido, no me habría politizado. Pero soy mexicana, y creo que el pueblo de México tiene mucho que decir”, reflexiona, y por ese motivo cuenta que está tramitando un intercambio con la UNAM para hacer su tesis allá.

Más allá de Chiapas

*“Yo quiero descubrir
Lo que ya estaba descubierto,
Ser un emigrante
Ese es mi deporte”*

Calle 13

En 2013, Reinaldo Patricio Robledo Sosa, venía a la Argentina desde el Estado de Chiapas, al Sur de México, muy cerca de la frontera con centro América. Hasta entonces, había vivido la mayor parte de su vida en un pequeño pueblo llamado Siltepec, desde donde partió para cumplir sus sueños y que hoy recuerda al contar que “es el centro del Estado, justo donde está la sierra madre de Chiapas, la más importante del sur del país. Por esa misma situación mi



municipio está un poco aislado, es un poco difícil llegar, porque hay muchas montañas, está dentro de una montaña, de hecho, la zona urbana”.

Un mediodía de calor Patricio abre la puerta de madera de la pensión ubicada en plena avenida uno e invita a subir las escaleras que conducen a su interior. La terraza del viejo caserón devenido en hogar para varios estudiantes parece el sitio más apacible del lugar para conversar.

“Mi municipio es uno de los que produce y exporta café a otros países, mi familia se dedica a eso también, incluso, tiene varios terrenos en los que han sembrado café toda su vida. Yo conozco el proceso, de cómo se siembra, cómo se cosecha, cómo se manda. Nací y viví en ese contexto, el de un pueblo chico en el que había sólo un ciber, de hecho me acuerdo que de niño no había internet y las computadoras no se conocían mucho, no

había incluso señal de celulares, se usaban los teléfonos fijos. Es un pueblo muy tranquilo, en el que se conocen todos”, dice, con voz clara y pausa.

Esa vida de pueblo en un lugar donde se cultiva además de café maíz y frijoles, mejor conocidos por los argentinos como porotos, donde vivió junto a su numerosa familia compuesta por seis hermanos, mamá y donde hoy crecen sus sobrinos, todo eso está grabado en la memoria de Patricio. Ahora revive esos días y sabe que hay cosas que nunca van a cambiar, como el amor por su madre, a quien siempre va a tratar de usted y quien siempre será en su vida lo más importante.

Habla con precisión, tiene buena dicción, puede hacer un profundo análisis de la situación socioeconómica de su país, y está muy bien informado para ello porque estudia comunicación. Cuando salió del secundario terminó con una especialidad en administración de empresas.

“Cuando terminé en mi pueblo me fui para la capital, para Tuxtla Gutiérrez y recuerdo que empecé a estudiar arquitectura, pero por una idea de salida laboral ¿me entiendes? La quería hacer inteligente y dije ‘voy a hacer esto para tener un trabajo seguro’, y ahora me doy cuenta de que no es así, de que eso es muy subjetivo. Y así me fue también, en medio año deserté”, dice Patricio mientras despliega una tímida sonrisa. No le gustó, no era que le iba mal, pero no le gustó y dejó la carrera.

“Fue una decisión difícil porque en México cuesta ir a la universidad, postulé, hice el examen de admisión y entré a arquitectura directamente al primer semestre, que es algo que muy pocos consiguen. Pero afortunadamente, digo ahora afortunadamente, la dejé y me inscribí al otro año a comunicación”, recuerda.

Las bocinas de los autos, a pesar de ser sábado, se cuelan en la conversación haciendo pausas o provocando elevar la voz. Aquella decisión sería un punto de quiebre para su vida. De algún modo, ya sabía que ese era su destino, porque de chico le encantaba ver el noticiero, saber, averiguar, conocer, entender.

Su esencia, según cuenta, siempre fue la de poder comunicar, de querer saber y entender cosas más allá de lo que hay, o de lo que muestran. Y mientras habla un gato negro pasea tranquilamente por el filo del paredón de la terraza, ignora la charla y parece escapar de algo, por lo que termina tirándose en el patio del vecino.

Desde los quince Patricio sabía que quería estudiar afuera de su pue-

blo, porque ya no se sentía cómodo, quería salir a conocer. Entonces, conoció a alguien que le contó sobre la educación en otros países: una profesora que lo inspiró contándole de sus viajes a Europa y Sudamérica, y quien le habló de Chile y Argentina. Fue así como comenzó a investigar y se decepcionó al leer sobre el sistema de Chile, descartándolo como sitio para ir a estudiar; todo lo contrario le sucedió cuando leyó sobre el modelo vigente en Argentina, “me sorprendí muchísimo porque nunca pensé que en un país pudiera existir la educación así, por derecho. Estaba acostumbrado a que la educación se te pueda ver negada o tengas que pagarla, porque en México es eso: aunque entres una universidad pública cada semestre tienes que pagar y no hay ningún tipo de beca, todo corre por tu cuenta”. En su primer viaje al extranjero, justamente a Chile, sólo y por varias semanas, su mundo y su perspectiva de ver las cosas cambiaron, y hoy recuerda que dijo “estoy allá en México, en mi estado de confort, en ese espacio chiquito, pero hay tanto por conocer, por descubrir, que si puedo hacerlo lo voy a hacer”.

Era 2012 cuando le dijo a su hermano que el año entrante migraría para Argentina. Entonces pensó que tenía que hacer un traslado universitario, para que le reconozcan todas las materias que había cursado, e hizo muchas llamadas al país para saber qué era lo que tenía que hacer. No lo hizo así nada más, investigó varios meses. Sonriendo Patricio cuenta que a pesar de todo sólo le homologaron una materia. Cuando le contó a sus papás ellos no dudaron, no se quedaron callados, le dieron su apoyo.

“Eso a mí me sorprendió muchísimo porque quieras o no la mentalidad de alguien que vivió en un pueblo toda su vida siempre va a ser conservadora” cuenta. Patricio habla y demuestra que ya lleva un buen tiempo viviendo en el país, su vocabulario está inundado de argentinismos y es una mezcla de mexicano y criollo muy singular.

Después de media hora de charla se muestra más relajado, lo que se escucha en su voz y se ve en su manera de sentarse en la silla que lo pone de cara al sol del mediodía. La decisión de venir a estudiar a la Argentina no fue fácil, pero el apoyo de sus padres se la hizo más llevadera. Según supone, ellos seguramente esperaban una noticia así, porque él siempre hablaba de viajar. En el aspecto económico los padres lo han apoyado en lo que han podido, pero el mayor apoyo que le dieron fue el emocio-

nal, que hicieron que no lo pensara más, que comprara el pasaje. Los hermanos también lo apoyaron, y los cuñados. Cuando cuenta esto Patricio se muestra alegre, con algo de nostalgia, y aún más cuando recuerda que su mamá le decía que ella haría de cuenta que no se iba a otro país, sino que se iba a ir a vivir con uno de sus hermanos.

Desde el interior de la pensión comienzan a escucharse voces, ruidos, cómo si la noche hubiera sido larga y los chicos recién se levantarán. Dos varones salen y nos saludan, y al instante vuelven a entrar.

Cuando llegó a La Plata para Patricio “fue como estar en otro mundo”. El curso de ingreso de la Facultad de Periodismo del 2013 ya había empezado, entonces se acercó a hablar con el centro de estudiantes y le dijeron que empiece el lunes, con la condición de que no faltase. Con sincero asombro cuenta que no podía creer que ingresar a la universidad fuera tan fácil, considerando además que la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) es una muy buena universidad a nivel latinoamericano.



El astro rey brilla muy fuerte, al punto en que hacer achinar los ojos y pestañar más de lo normal. Los primeros días del joven mexicano en la Argentina fueron complicados. No conocía nada y se empezó a manejar con internet. "Llegué en enero y me instalé en un hotel los primeros días, recuerdo que no podía creer el calor que hacía, horrible, y pensaba que salí de allá y acá hace un calor peor, porque allá es un calor seco. Aparte yo tenía que caminar para ver lugares, pensiones, y terminaba todo sudado", relata a la vez que se larga a reír.

Aquellos primeros días en La Plata fueron muy raros, rememora, pero dice que no se sentía mal. Sucedió que todo era distinto, la comida, la gente –los argentinos no le dimos una primera buena impresión.

"Me desagradó que yo necesitaba que alguien me dijera por ejemplo cómo llego tal lugar, si bien me puedo manejar por internet pero en ese momento no tenía un buen celular, y había gente que no me respondía o que no me decía nada, hay gente que no me saluda, y eso me chocaba mucho porque en México somos muy respetuosos, siempre existe un buen día o un buenas tardes, un ¿cómo estás?, acá es como todo un hola... . Al principio, me chocaba, pero hoy lo entiendo", cuenta divertido.

También le costaba entender cuando hablan los argentinos, "aunque hoy lo manejo re bien", asegura. Al principio Patricio no comprendía mucho, tenía que escuchar bien para poder interpretar correctamente, y la Facultad no era una excepción, tampoco entendía a los profesores.

Por ese motivo, por no entender las palabras a pesar de hablar español, el primer cuatrimestre de la carrera no le fue tan bien. Esa fue una dificultad de los primeros meses. Le costó adaptarse en ese sentido. Lo demás se fue dando sólo, en cuanto a las costumbres del país, o la comida.

"En comida es todo diferente, acá es sobre todo muchísimo más cara que en mi país, allá se come muy barato y bien. Eso lo note desde el primer día y, hasta hoy, es lo que extraño de mi país. Porque allá podría comer bien y barato y acá era todo lo contrario, eso me chocó muchísimo. Obviamente después si empecé a extrañar el sabor de allá, ir por la noche a comer tacos y cenar, eso lo extrañaba muchísimo, pero ahora ya no", confiesa Patricio.

No podía entender cómo en el país, se comen tantas pastas, masas, pan. Y engordó los dos primeros meses. Su forma de hablar es correcta siempre, y marca mucha seguridad, al igual que sus gestos.

“Recibo ayuda económica de mis papas o de mi hermano, dependiendo quién tenga y quién pueda. Sobre todo cuando me quedo sin trabajo” dice, pero nunca pudo “darse el lujo” de recibir una ayuda mensual como ve que reciben la mayoría de los estudiantes que conoce.

Para sobrevivir tuvo variados trabajos: en supermercados, en caja y reposición, en cocinas, como productor y locutor radial, entre otros. Cuando cuenta esto se escucha un estruendo como el que genera un camión pasado a considerable velocidad, o quizá fue un colectivo.

Además de estudiar Patricio siempre deseó hacer muchas otras cosas, que se vieron imposibilitadas por razones económicas.

“Me encantaría estudiar teatro. Cuando termine planeo trabajar y dedicarme de lleno a lo que me gusta, estudiar teatro, canto, hacer doblaje en Buenos Aires, me encantaría estudiar locución también. Ese tipo de cosas me han movido mucho pero no las he podido hacer, desafortunadamente, pero afortunadamente a la vez porque me he podido dedicar totalmente al estudio”, comenta, entusiasmado.

Una pregunta deja pensando al seguro y tranquilo estudiante que después de pensar afirma que a través del tránsito por la universidad, “he podido madurar como persona y cambiar. En México, era muy introvertido, demasiado, esto me hubiera costado muchísimo, estar con alguien respondiendo preguntas, hablando. Para mí es un reto estudiar Periodismo porque es eso, probarme a mí mismo, cambiar, poder hablar e interactuar con los demás”, y agrega que lo ayudó “profesionalmente también, porque me he encontrado con profesores que saben muchísimo, que son unos genios, que han viajado y son muy buenos”, académicamente hablando.

Una mosca grande, negra, de esas que hacen ruido, va y viene dispersando la conversación.

“Tuve la suerte de conocer buenos compañeros de éste y otros países, lo significó conocer otros lugares a través de otros chicos y otras experiencias. Creo que a mí me abrió muchísimo la mente poder interactuar con ellos, conocer otras historias”, dice.

Pero según Patricio lo que más le sirvió de su paso por la universidad, sobre todo, para que muchos chicos, familiares, y compañeros de México lo tomen como ejemplo de que se puede estudiar en otro país, en otra universidad. Incluso ha hecho conferencias vía skype para alumnos de la Universidad de Guanajuato para incentivarlos a salir, a conocer otra realidad, a estudiar.

"Desde que llegué sólo viajé una vez a mi pueblo, desde los cuatro años y dos meses que estoy acá. Viajé en 2014, en diciembre, y regresé en marzo de 2015, estuve tres meses. Aproveché porque se pudo dar. El primer año no fui porque preferí quedarme y conocer, buscar trabajo y preferí no irme a México. El segundo año pude viajar bien, disfruté muchísimo mi estancia allá, fue un cambio total porque regresé renovado y mi familia lo veía. Yo mismo me sentía diferente, ya no era el mismo ni veía las cosas desde la perspectiva que las veía antes", sostiene.

Canta la canción: "Uno siempre regresa a los lugares donde amó la vida", y asegura que a su pueblo va a regresar toda la vida, hasta que se muera. Sin embargo, también me garantiza que no va a volver a vivir porque ya no se siente parte de esas calles donde se crió. La mosca volvió, zumbando, como queriendo ser partícipe de la conversación.

Reflexivo, Patricio asegura que no poder volver a casa ya no lo hace sentir tan mal, "ya superé eso de decir: no, otra vez no puedo viajar". Asimismo reconoce que aún extraña, sobre todo cuando lo ganan los recuerdos, o cuando se pone a ver fotografías. Sí, a veces se siente arrepentido, piensa: "Por qué tomé esta decisión, me habré equivocado", pero es consciente de que siempre es en momentos en que vive muchas cosas negativas. Aunque sí, confiesa que hay momentos donde quisiera estar allá, donde tal vez se gustaría contar con el apoyo familiar o de los amigos, o por el simple hecho de estar en su país. Si retrocediera hace más de cuatro años hubiera hecho lo mismo, asegura, porque la experiencia le va a durar toda la vida.

"Respeto la opinión de los nacionalistas, que pueden pensar que los estudiantes de otros lugares vienen a robarse la educación, porque es un pensamiento válido. Obviamente no lo voy a ver así porque siento que incluso es un pensamiento contradictorio, porque la Argentina se pobló de inmigrantes" dice, y es interrumpido por las ensordecedoras bocinas de automovilistas molestos.

El futuro periodista tampoco cree que los estudiantes vengan al país a robar nada, considerando cómo mueven la economía los universitarios. "Yo vivo acá, compro cosas de acá, me alimento acá, me visto con ropa de acá, también dejo dinero, no es que toda mi vida viene de México y solamente vivo acá y voy a la universidad. Pago todos los impuestos. Todo eso son empresas de acá, dinero que se mueve de acá siendo yo extranjero", afirmó.

Hasta ahora, Patricio nunca se encontró con nadie que lo discriminara por ser de otro país. Por el contrario, cuenta que sólo se ha encontrado con gente que le pregunta “¿cómo pudiste dejar México si es tan lindo?”, y que se entusiasman cuando lo escuchan hablar, personas que se interesan en porqué vino a estudiar acá.

Para este chico formal de pelos parados es una falacia total que en países como Colombia, Chile o México no exista educación gratuita. “¿Por qué habiendo un gran presupuesto los chicos no tienen acceso a la educación o van a escuelas de chapas, porque en las universidades año a año queda el 70% de los chicos afuera? Cómo se explica: la corrupción”, sostiene con toda seguridad pensando en la realidad de su país.

“Esta forma de entender la educación superior, la Argentina, debería de replicarse en todos los países de América al menos. Acá mismo, en Chile, es una diferencia abismal; no es posible que los chicos tengan que pagar un presupuesto para estudiar una carrera”, dice con franco disgusto.

Los gestos de Patricio se vuelven serios, y cuenta que en México ha habido movimientos por tener una educación superior mejor, del 60 al 68, cuando los chicos salían a las calles. Pero a su vez, y con pesar, explica que siempre existió represión por parte del Gobierno, que mata, silencia y calla a aquel que se levanta, que no le gusta. “Si la situación cambiara en México habría muchos más chicos preparados”, piensa, y se siente parte de la fuga de cerebros que existe en su país, siendo uno de muchos que, por acceder a una educación mejor o acceder a la educación simplemente, se van a otro país y ya no regresan. “No podemos estar aceptando que tenemos que irnos a otro lugar cuando podemos tenerlo allí”, afirma. El viento sola de repente y levanta un poco de tierra a nuestros pies.

Sin dudar lo dice que cuando tenga el título lo va a celebrar “¡al máximo!”, y ríe. Después, lo va a enmarcar y se lo va a llevar a sus papás, en México, para que vean lo que logró. Recibir el título va a ser sólo el principio para sus estudios, afirma con convicción, porque planea seguir capacitándose. Planea mudarse a Buenos Aires, en busca de más posibilidades, y de otras experiencias. “Creo que mi idea no es tampoco ser tan de moverme para todos lados pero mientras pueda lo voy a hacer, ya estar cuatro años acá es demasiado, quiero moverme, seguir experimentando”, asegura.

“Siento que soy un ciudadano del mundo. De acá a quince años voy a decir eso: que fui un ciudadano del mundo. Ya llegará el momento en que me establezca, tal vez sea en mi país, pero mucho más adelante”, cuenta Patricio, cargado de sueños, de esperanza, de energía, de vida.

"Mamá, me voy"

*"Ave del mar, espuma migratoria,
ala del Sur, del Norte, ala de ola,
racimo desplegado por el vuelo,
multiplicado corazón hambriento,
llegarás, ave grande, a desgranar
[...] otra vez a nacer, a partir, lejos
del páramo y hacia otro páramo"*

Pablo Neruda

Simón Guillermo Zonco Gómez tiene 23 años. Es de una ciudad de casi 300 mil habitantes llamada Puerto La Cruz. En su país natal dejó a su papá, a su mamá y a su hermano más chico, vino a La Plata para estudiar ingeniería industrial, una carrera que le interesó por la salida laboral que tiene, a pesar de ser una ingeniería más de la parte administrativa y que no tiene tanta acción de campo como otras. Su objetivo era poder disfrutar de una educación pública de calidad y sin costos económicos, dado que su familia no podía sortear el presupuesto que implicaba pagar una universidad privada.



Es alto, muy alto, y tiene la espalda ancha. Es serio y amable, y a medida que pasan los minutos se relaja y muestra un lado más alegre. Estudió la primaria y la secundaria en una privada, y arrancó la universidad en Venezuela. "En la ciudad donde vivo hay una universidad pública que no tiene ningún costo, pero si bien hay presupuesto no alcanza, y a nivel infraestructura, aulas, talleres, está todo cayéndose encima de los estudiantes. Si acá alguna parte parece fea, no se imaginan cómo está allá. A eso se sumó que la Facultad me quedaba cómo a 40 minutos, aproximadamente", explica Simón, y cuenta que los medios de transporte de su país "no es como disfrutar de los medios de transporte aquí", porque hay

un autobús, un micro, que es más pequeño y empieza a circular a través de diversas rutas pero no hay una organización como en la Argentina, con líneas establecidas.

Mientras habla come galletitas 9 de oro. Nunca le llamó la atención irse a estudiar a Caracas por lo difícil que asegura es vivir ahí, acostumbrarse a los medios de transporte y a la inmensa cantidad de gente que la habita, que es una ciudad muy insegura. Además, las dos facultades públicas de la capital venezolana no están cerca del centro de la ciudad, por lo que iba a tener el mismo problema que en Puerto La Cruz.

"No tenía miedo de irme a otro país. 'Mamá me voy', le dije, porque necesito plantearme esta meta, porque me va a servir para mi crecimiento personal", cuenta, y asegura que la respuesta de su madre fue "hijo, váyase, porque el país no está en las mejores condiciones ahora". Sin embargo, Simón aclara que no fueron las condiciones del país lo que lo hicieron venir acá, si no que fue una decisión propia a partir de la necesidad de tener la experiencia de vivir en otro sitio y desenvolverse por sí sólo".

Actualmente, Venezuela vive en conflicto constante desde que comenzó una fuerte puja entre el poder Ejecutivo y el Legislativo, manejado por la oposición desde el 2015, sector que manifestó desde entonces su intención de destituir al presidente Nicolás Maduro, quien resultó electo democráticamente

en abril de 2013. Para destituir al Jefe de Estado que es muy probable que lleve a cabo políticas con las que no se pueda estar de acuerdo, la derecha venezolana recibe la ayuda indirecta de los Estados Unidos, que hace años busca derrotar al chavismo. Esta lucha de poder copó las calles, dividiéndolas en un bando y otro, haciendo correr sangre de inocentes, en una lucha que el Gobierno no ha podido resolver, poniendo en crisis al Estado de derecho.

De fondo, se escucha el relato de un partido de fútbol, la pensión en la



que vive el estudiante de ingeniería tiene 38 habitaciones, la mayoría de estudiantes.

“Desde muy temprana edad me fui haciendo independiente, entonces por eso tomé la decisión con naturalidad. Por ahí el problema que podía surgir al venirme era económicamente, es decir, cuánto más o menos me saldría venirme. En principio, cuando me vine, no era un impedimento, ahora lo es, pero por eso trabajo”, dice. Atiende en un comercio, y con eso se mantiene. Mientras habla fríe medallones de pollo. La cocina es grande, de paredes, muebles, mesa, sillas, heladera, marcos de puertas y ventanas, todo de immaculado blanco. Chicos y chicas entran y salen de la habitación todo el tiempo, buscan bebidas, comen algo, salen al patio.

Estudiar y trabajar, sin claudicar, no es fácil, pero Simón sigue su receta: duerme poco y trata de hacer todo lo más rápido que puede. Aun así, no puede llevar la carrera al día. “Conocía Buenos Aires, había venido de visita, pero no me llamó mucho la atención porque era otro tipo de presupuesto, es más plata que para venir a La Plata. Aquí la ventaja es que si no dependes de un micro te manejas a cualquier lado caminando, o en bici, en Capital es un poco más complicado, además puedes estar a una hora de la universidad, y ni hablar si trabajas. Por eso La Plata fue mi mejor opción, además es tranquilo”, explica.

Se escuchan gritos del piso de arriba, ¿habrán hecho un gol? Simón llegó al país el 10 de enero del 2015. Desde entonces vivió en cuatro lugares. Cuenta que lo único que le resultó difícil al principio fue extrañar a la familia, pero después las tareas como cocinar, lavar, planchar y hacer las compras no le costaron, porque estaba acostumbrado a hacer esas cosas en su casa.

“Hasta el sol de hoy me sigue pegando el cambio cultural. A pesar de tener una novia argentina. Y el climático también, es un cosa de locos”, dice sin dejar de cocinar. En Venezuela están acostumbrados al calor todo el tiempo por lo que al migrar tuvo que comprarse ropa de invierno, “no, capaz el frío no es tanto, decía aquel que venía de 40°”, ironiza. Abrigado, el futuro ingeniero se convirtió en uno de los “avivados”⁽³⁾ que vinieron al país para conseguir su título universitario, y el trato con los argentinos ha sido siempre amable.

Ha conocido gente que por ahí no tiene la mejor forma de decir las cosas, pero siempre lo trataron con respeto. “Siempre tuve buenas res-

puestas cuando pregunté una dirección o cómo llego a tal calle, o dónde me tomo tal micro", cuenta y hace silencio cuando dos chicos atraviesan la cocina para salir por la puerta que conduce al patio.

"Gracias a Dios nunca me cuestionaron por qué estudiaba aquí, porque los mandaría a comer mierda. Lo único que he tenido es las típicas preguntas de la situación de Venezuela, nunca me han dicho ¿por qué no te vas a tu país?", dice Simón, mientras una chica lava un plato, un vaso y un par de cubiertos rápidamente, los seca, los guarda y se va.

"A veces tengo tiempo entre el estudio y el trabajo, a veces no, actualmente estoy jubilado del gimnasio, estoy viendo de empezarlo de nuevo", cuenta. Asegura que el tránsito por la universidad le ha servido para aprender muchos conocimientos que no tenía, en relación a lo que es la carrera; y para a prender cómo funciona el sistema educativo, "me gustan más las clases acá que como era allá, porque te dan exactamente los contenidos que necesitas ver de las distintas materias, y no te hacen ver un montón de cosas que no las vas a usar nunca, allá hacen 500 ejercicios del mismo tema".

Hace una breve pausa y, mientras acomoda todo para comer, cuenta que en lo personal la universidad lo ayudó a entender cómo es la gente, los argentinos, que asegura son "cerrados". "Nosotros no somos así, pareciera que nunca tenemos filtros, así como estoy hablando ahora capaz no nos volvemos a ver nunca más. Allá es muy típico decir: ¡bueno, vamos a comer algo!, o tengo unos amigos para presentarte, te van a caer bien. En ese sentido, en Venezuela somos muy abiertos", garantiza.

"Hoy volvería a tomar la decisión de venir a estudiar acá. Capaz en tres o cuatro años cambie de opinión, pero por ahora no. Cuando tenga el título lo primero que voy a hacer es celebrarlo con mi mamá, espero que en esa instancia este todo dado para que por lo menos puedan venir. He ido una sola vez desde que estoy acá, y ellos no han podido venir, por el valor de los pasajes", cuenta. Es entonces cuando compara las fiestas tradicionales, navidad y año nuevo, en Venezuela y en la Argentina. Dice que acá, si bien se reúne toda la familia, se dicen "feliz navidad y chau, nos vamos a dormir temprano", y que, en cambio, en su país son las 6 de la

mañana y están despiertos, hasta los niños. Su forma de hablar remite a la de los actores de telenovela, las eres las pronuncia como eles. Asegura que le gustaría ejercer en una empresa grande como Coca Cola, algo así, y que su idea es seguir en La Plata, y que es una posibilidad muy remota la de volver a su país, por el conflicto político-social que lo aqueja ⁽⁴⁾, y porque acá está demostrado que “si por lo menos tienes un título universitario, en la rama que sea, vas a vivir bien. Después depende del título podés vivir extremadamente bien, y allá es lo contrario”.

Come entusiasmado, al parecer tenía hambre. Mucha. Reflexiona y asegura que el modelo argentino de educación debería replicarse en todos lados. “En Venezuela podría haber estudiantes de otros países, en la capital, pero como está todo ahora a ningún extranjero le va a interesar ir”, se lamenta.

“Indistintamente de lo que hagas pasado mañana, siempre debes tener una base en la vida. Si pasado mañana, después de que te recibas en la rama que sea, ya tienes una base de la que sabes que pasado mañana puede hacer algo, en términos criollos: no te vas a morir de hambre. Siempre les diría a los que salen del secundario que estudien en la facultad”, reflexiona.

“Siempre la vida dio el ejemplo de que el que tenía una base tiene más probabilidades de tener futuro, atrévete a irse por ese lado, y si te regresaste es porque dijiste fui y no me gustó, pero por lo menos hay que atreverse”, asegura Simón. Su próximo sueño es mudarse, dice y ríe, porque asegura que cuando se tiene la oportunidad de progresar, hay que hacerlo. Después de unos segundos de silencio en los que parece estar pensando y se filtran las voces de otras habitaciones de la residencia, retoma la palabra y seriamente dice: “Mi otro sueño es comprarme mi casa, un sueño muy grande. Por el momento no sé dónde, pero al menos quisiera tener la posibilidad de decir: ya tengo el dinero, me la compro”, dice.

Para llegar a tener su propio hogar el futuro ingeniero sabe que tiene que esforzarse mucho, pero está muy entusiasmado.

4 - *Ámbito Financiero*. 26 de junio del 2017. *Ambito.com*. Disponible en: <http://www.ambito.com/887838-venezuela-un-adolescente-fue-baleado-en-la-cabeza-durante-protestas-contra-maduro>